

Las mujeres de **Federico**



Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

Las mujeres de Federico

Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

© de los textos, Ana Bernal-Triviño, 2021
© de las ilustraciones, Lady Desidia, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com
www.lunweg.com
www.instagram.com/lunweg
www.facebook.com/lunweg
www.twitter.com/LunwegLibros

Primera edición: noviembre de 2021
ISBN: 978-84-18820-11-3
Depósito legal: B. 12.012-2021
Imprime: Macrolibros

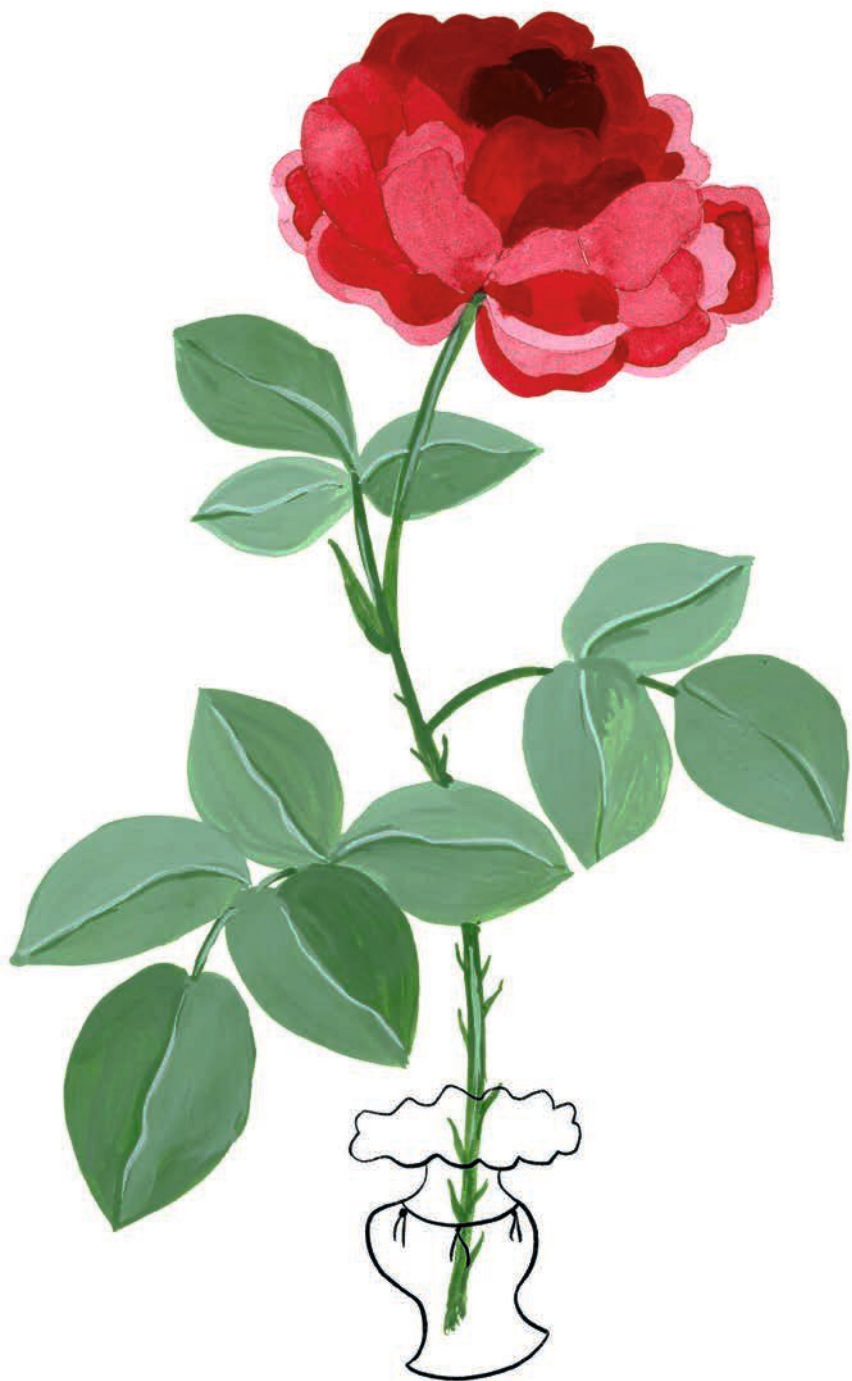
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

La rosa roja	9
La rosa rosa	57
La rosa blanca	107
La rosa sin pétalo	161
Mañana del 18 de agosto	216
Galería de personajes	220
Agradecimientos	222
Las autoras	224



LA ROSA ROJA

Doña Rosita se mordió el labio inferior con emoción mientras depositaba sobre la mesa del comedor la carta que leía en voz alta, una vez más. «Yo creo que está bien», se dijo. Hacía unos días que le rondaba la cabeza esa idea de encontrarse con el resto de las protagonistas de las obras de Federico García Lorca, de hablar de ellas y entre ellas para buscar otros destinos.

Desde fuera de la vivienda, nadie podía sospechar que la casa se habitaría aquel 17 de agosto. El canto de algunos pájaros rompía el silencio anunciando un nuevo día, mientras unas flores se abrían lentamente para empezar a marcar el paso del tiempo. La puerta verde de la Huerta de San Vicente permanecía cerrada para blindar aquella reunión secreta.

En todos estos años, en la soledad de la espera, Rosita había escrito en un breve diario sobre su vida forzada, la designada para ella. Pensar que había una mínima opción de cambio o de rebeldía frente a aquel destino eterno la llenaba de esperanza. Sonrió y se acercó a la ventana del salón. Aunque no lo sabía, dos personajes la observaban tras el cristal, desde lejos, ataviada con la misma vestimenta que le había sido asignada en su día: un traje del novecientos rosa, mangas de jamón y adorno de cintas.

Rosita agitaba con ímpetu su ropa, sofocada por el calor aplastante del verano de Granada. Pesaba tanto aquel bochorno que parecía que ralentizase el tiempo, de la misma manera que ella se había paralizado en su libro en una espera sin fin. Pero no quiso perderse en esos pensamientos. Ahora solo quería centrarse en el presente y dudaba de sí, realmente, su carta tendría algún efecto; de





si las otras protagonistas creadas por Federico acudirían a la cita y se sumarían a su petición. Le daba igual esperar, porque ya llevaba toda la vida esperando.

Por la ventana echó un vistazo al jardín de la Huerta de San Vicente, apabullante de flores, árboles, perfumes, colores y plantas. De izquierda a derecha reparó en el almez, el ciprés, el laurel, el naranjo y las acacias que estaban en primer término. Se retiró para acercarse a la mesa pequeña y al jarrón de cristal de donde había sacado unas flores secas para sustituirlas por la rosa *mutabile*, que empezaba a desplegar su tono rojo. Pensaba en su tío, en su tía y en la historia de esa flor.

Ensimismada en sus recuerdos, se sobresaltó cuando escuchó unos golpes en la puerta. El sonido la paralizó y esperó a que se repitiera para tener más seguridad. Dos golpes más. Abandonó el comedor con rapidez y se dirigió al recibidor de la casa. Una vez allí, acercó su oreja a la puerta verde de la entrada. Distinguió las voces de dos mujeres que hablaban de los jazmines azules que trepaban junto a la ventana y de los dos granados de las macetas. Su corazón empezó a acelerarse. Hizo una pequeña pausa para retocarse el cabello, se planchó la ropa con las manos y respiró profundamente antes de abrir. Cruzó su mirada con las dos invitadas y esperó a que ellas hablaran primero.

—¿Doña Rosita la Soltera?

—Sí, soy yo —respondió con una enorme sonrisa mientras se llevaba las manos a los labios, de emoción.

—Yo soy Belisa.

—Y yo... la Zapatera —entonó la otra mujer con socarronería—. A este hombre no se le ocurrió otra cosa que no darme nombre y que todo el mundo me conociera por la profesión de mi esposo. Pero sí, soy yo. La Zapatera, aquí presente, si puedo ser de ayuda.

—Qué ganas tenía de veros —exclamó Rosita, con júbilo—. Gracias, gracias, gracias. Espero que no os molestara que os escribiese. Pasad por aquí, a la izquierda. No estaba segura de que vinierais.

Belisa entró con unos pasos tímidos, pero cada movimiento en ella estaba cargado de sensualidad. Miraba cada esquina de la casa, desde el suelo a los cuadros o las lámparas, pero la Zapatera avanzó decidida al comedor, con su vestido verde y el pelo tirante, con dos grandes rosas prendidas a él. Curiosa, pasaba del cuadro de *La Primavera* de Botticelli a la mantelería o a la vajilla. Rosita iba tras ellas, alucinada con su presencia. Todas las ideas que quería decir se agolpaban en su cabeza llena de preguntas. Todas las que se había hecho desde su creación y hasta el término de su vida en aquella página del libro.

—¡Cómo no íbamos a venir! —exclamó la Zapatera. Y advirtió—: Yo soy de decir las cosas a las claras siempre, así me gané la fama que tuve...

—¿Y esas rosas que llevas en el pelo? —preguntó Rosita, cautivada por su singularidad.

—Me gusta llevarlas siempre, hay que adornarse en esta vida. O eso supongo... Me las puso García Lorca en la obra, así que me quedé con ellas.

—Es que me encantan las flores —expresó Rosita—. Mi tío las cultivaba. Me sé de memoria la historia de muchas de ellas y en ese jardín de fuera hay cientos. De hecho, mi obra se llama *Doña Rosita la Soltera o el lenguaje de las flores*.

—¿Las flores hablan? —preguntó Belisa, con un deje de duda en la voz.

—Más o menos... —respondió Rosita—. Esta sala está repleta de sillas. Os podéis sentar donde queráis y hablamos.

—Yo tengo poco que hablar... Vosotras, al menos, sois protagonistas en la obra —comentó Belisa mientras avanzaba hacia la rosa *mutabile*—. La Zapatera, doña Rosita... En mi caso voy de segunda, *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*.

—Vaya nombre... ¿don Perlimplín? Y me quejo yo de la Zapatera y el Zapatero... ¿Perlimplín era tu marido?

Belisa guardó unos segundos de silencio antes de responder. No conocía hasta qué punto Rosita estaba al tanto de lo ocurrido en su vida. Por lo que había podido averiguar de camino a la casa con un par de preguntas, la Zapatera no sabía nada. Belisa sentía aún, después de tanto tiempo, un peso de culpabilidad. Se aproximó a la flor que había dejado Rosita para desviar la conversación. La





Zapatera, que hasta entonces curioseaba la vajilla del aparador, también se sintió atraída y se aproximó. Cuando vio esa reacción de las dos, Rosita dio un brinco y acudió hasta la mesa. Estaba ilusionada de explicar aquella historia de la que conocía todos los detalles.

—Es una rosa *mutabile* y es la que nos marcará hoy el tiempo. Ese es su propio lenguaje, su manera de hablarnos —respondió Rosita, con un guiño a Belisa para que comprendiera su anterior comentario—. Tenemos solo un día. Mi tío me explicó la historia de esta flor. Es roja por la mañana, a la tarde se pone blanca y se deshoja por la noche. Cuando caiga el último pétalo deberíamos de haber hablado ya con Federico para cambiar nuestra historia.

Las tres observaron la rosa unos instantes, pensando si realmente conseguirían su propósito a tiempo. A estas cavilaciones se sumó, en el caso de Rosita, el recuerdo de su tío y de su tía, pero también el de todas las veces que esa flor le había marcado el paso de los años, en un bucle continuo. Belisa mostró una enigmática mirada ante lo que era un descubrimiento inaudito para ella, y la Zapatera aprovechó la ocasión para evaluar la calidad del paño de punto de la mesa principal.

—Entonces —dijo, decidida a resolver sus dudas—, ¿se supone que Federico nos pensó a algunas aquí, en esta huerta?

—Sí —confirmó Rosita—. En mi caso fue así. He leído un poco en la zona de visitas de esta casa y pone que la Huerta de San Vicente era una tierra de la familia. Ayer, mientras merodeaba por el jardín sin ser vista, un señor guiaba a un grupo de personas y explicaba que fue una de las últimas casas donde estuvo antes de que se llevaran a Federico, aunque no pude escuchar adónde... En la planta superior está su dormitorio y la mesa donde nos escribió. No sé, hay algo mágico en todo esto.

Mientras Rosita hablaba, Belisa caminó hacia la mesa de madera que ocupaba el centro del salón cubierta con un mantel bordado. Le inquietó pensar que sobre ella hubiera podido apoyarse, en algún momento, su creador. Quizás, incluso, especulando sobre ella y su destino, y que, estando allí sentado, cualquier cambio de pensamiento de Federico hubiese modificado la vida de



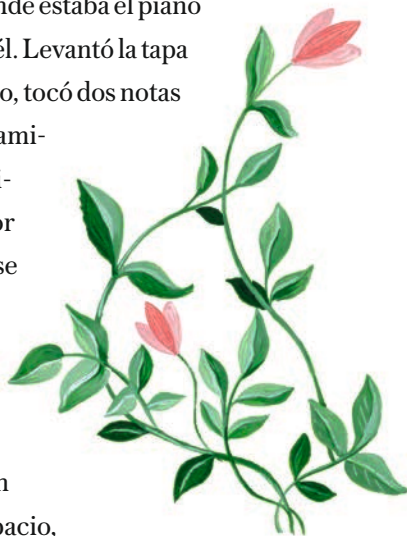


ella para siempre. Aprovechó para tomar asiento en una de las sillas de cuero repujado y abanicarse del calor.

—Todo esto es mágico, sí —corroboró la Zapatera—. Imaginad que en sus visitas a esta casa los humanos pudieran vernos y les abriéramos nosotras la puerta. —Tosió un par de veces y moduló la voz, a la vez que hacía ademán de abrir una puerta invisible—. Hola, soy la Zapatera, ella es Rosita y ella Belisa y venimos a ajustar cuentas con nuestro autor, Federico García Lorca.

—Ay, quita, quita, no lo digas ni en broma —respondió Rosita con una ligera carcajada—. ¿Queréis ver la casa y el sitio donde Federico escribió sobre muchas de nosotras?

Las dos asintieron y Rosita guio un recorrido por la vivienda, con todo lujo de detalles. Las paredes blancas, al menos, ayudaban a refrescar algo el calor. Aún se conservaban por la casa algunos de los objetos o calidades, como aquel colorido suelo hidráulico granadino sobre el que, a ratos, Belisa jugaba a saltar hasta llegar al espejo con el marco *art decó* del recibidor, para acicalarse. La Zapatera aprovechó para balancearse en una de las dos mecedoras y Belisa se ilusionó con el diván, tumbándose en él unos instantes, entre risas. Se levantó, rápida, cuando comprobó que se retrasaba y que Rosita ya había hecho pasar a la Zapatera al salón principal, donde estaba el piano de Federico. Nada más verlo, esta se acercó a él. Levantó la tapa y, no supo bien si por azar o por algún instinto, tocó dos notas musicales con el teclado que les resultaron familiares, aunque no logró identificar la composición. Tan absorta se quedó en aquel evocador y minúsculo sonido que tuvo que apresurarse para alcanzar a Belisa y Rosita. Fue en su busca hasta el comedor y, a pesar de escuchar sus voces, no las localizaba, hasta que Rosita la asustó asomando su cabeza por un pequeño pasaplatos que conectaba con la cocina. Intrigada, se adentró en aquel espacio,



donde pudo ver la chimenea, los calderos de cobre, las vajillas de la época, la antigua hornilla y la más moderna de la época. Subieron por las escaleras hacia el dormitorio de Federico y allí permanecieron en silencio, como si acabaran de llegar a un templo donde honrar a un creador. Abrieron las ventanas para hacer corriente y del jardín ascendió con fuerza un intenso olor a jazmín. Belisa pegó un pequeño salto para descansar en la cama y la Zapatera la imitó, tumbándose a su lado, mientras Rosita se sentaba en la silla de Federico y acariciaba su mesa.

—Aquí fui creada —evocó, acompañando sus palabras de un fuerte suspiro—. Para mí es un espacio mágico y me devuelve una energía extraña, como si fuera un lugar sagrado. Debía de ser el refugio del propio Federico, donde pensaba en nosotras y en él mismo, ausente a todas las miradas. Aquí al lado hay otra habitación con algunas fotos y textos de Federico. No he podido evitar leer una donde dice: «Aquí estoy terminando la última escena de *Yerma* y planeando *Doña Rosita o el lenguaje de las flores*. Dentro de unos días estaré en Madrid para marchar a Santander con La Barraca» —comentó, señalando el cartel de la compañía de teatro que estaba aún colgado en la pared.

Por la reacción impasible de Belisa y la Zapatera, Rosita comprendió que desconocían a qué se refería. Aprovechó para contarles que había averiguado la historia de La Barraca, una compañía a la que pertenecía Federico y que se encargó de acercar el teatro a todos aquellos rincones y pueblos de España donde la cultura no llegaba durante la Segunda República española. Y, mientras lo hacía, comprobó en primera persona cómo los rostros de sus compañeras se iluminaban conforme descubrían todos aquellos detalles.

Rosita hizo una pausa y marcó una sonrisa más profunda. Miró de nuevo a sus invitadas, como si solo con su presencia estuviera más cerca de su propósito. Nunca había experimentado la sensación de construir algo desde su autonomía y eso la hacía crecer por dentro. Para ella era una sensación única, jamás vivida.

—¿Qué hizo Federico con tu vida? —preguntó Belisa a Rosita, mientras inspiraba hondo el perfume de las flores que llegaba desde el balcón.

—Limitar mi vida.



—Como a todas —añadió Belisa con un suspiro, mientras tocaba, curiosa, la manta de la cama de Federico.

—Pero nos limitó porque la sociedad era así —matizó la Zapatera—. Si os contara lo que decían de mí en el pueblo os caéis del susto... ¿Qué otra vida podría esperarnos?

—Supongo que una mejor. Llevo toda mi vida esperando —apuntó Rosita—. Se suponía que me casaba con mi primo. Él se fue a Tucumán...

—Tucu ¿qué? ¿Pero eso dónde está? —preguntó Belisa, con desvelo.

—Muy lejos de Granada, muy lejos, cruzando el océano. Por Argentina. La situación aquí era difícil y allí había prosperidad y futuro. Mi tía no dejó que me fuera con él. «Yo di mi palabra y la cumpliré», le prometió a mi tía. Y a la vista está... nunca volvió —matizó con resignación—. Se casó con otra. Luego nos arruinamos tras la muerte de tito porque él empeñó la casa por mi ajuar. Primo nunca regresó por mí. Desde entonces, mi vida transcurre en un espacio de espera eterno.

Las tres guardaron un silencio denso.

—Menudo mal acuerdo te cerraron, hija mía —apuntó la Zapatera.

Belisa le lanzó una mirada de reprobación.

—Ama me criticaba porque yo todo lo quería siempre volando y, al final, he desarrollado una paciencia infinita. Y eso me ha condicionado mucho. Por ejemplo, no pensaba que vinierais. Desde aquello a veces soy profundamente desconfiada. Ama decía: «Tendrá el pelo de plata y todavía estará cosiendo cintas de raso liberty en los volantes de su camisa de novia». Tuvo razón. —Rosita permaneció unos instantes en silencio antes de preguntar—. Me da algo de pudor preguntar porque nos acabamos de conocer, pero nuestro tiempo es breve y quiero saber todo de vosotras, si no os importa. ¿Qué os ocurrió? ¿Tuvisteis más suerte que yo? ¿Os quisieron vuestros hombres?

—¡Yo qué sé! —exclamó la Zapatera

Belisa se encogió de hombros y retorció la boca, en un gesto no muy convencido.

—Quizás la suerte estaba en que no nos quisieran —apuntó mientras el recuerdo de don Perlimplín la seguía sobrecogiéndolo.

